



MARÍA MAIZKURRENA

## Los desnudos y los muertos

Nosotros, los ingenuos que no nos dedicamos a la política, estamos en contra de la guerra. Como no podemos detenerla, hablamos de ella. No es lo mismo hablar que no hablar. No da lo mismo. Occidente se ha ido haciendo antibelista a lo largo del siglo pasado por varias razones, entre las que destacan las dos grandes guerras, Vietnam, y la memoria de ese horror fijada en la literatura y en el cine. América ha dado al mundo poderosas novelas antibélicas, como 'Los desnudos y los muertos', de Norman Mailer, como las alucinadas incursiones en el horror de Kurt Vonnegut. En Occidente, la opinión pública, esa especie de conciencia colectiva que bulle en la marmita electrónica de los medios de comunicación, ha estado contra la guerra de Irak, y cada vez será más y más contraria a servirles sus víctimas a los viejos dioses de las batallas. Lo que pasa es que el poder no es antibelista, pues es el dueño de los misiles, de los tanques y de los motivos.

Ahora que los británicos están en Basora y los americanos en Bagdad ya no tiene mucho sentido pedir que se detenga la guerra; la guerra se va a detener de todos modos. Ha pasado por encima de sus víctimas como siempre, arrojándolas, dejando a unos sin vida y a otros sin nada, a solas con la nada. Los desnudos y los muertos son la cosecha de la guerra, pues ésta configura un espacio donde la vida vale bien poco, donde las leyes de la vida se rompen y el sinsentido arrastra a los vivos, junto con los cadáveres, hacia la boca del infierno. Personalmente, quien esto escribe desea que cojan a Sadam, ese tipo que se esconde en un búnker y pide a la gente que salga a dar la vida por él. Pero en Irak, el pueblo no defiende a Sadam y en EE UU y Europa el pueblo no quiere la guerra. Ésta no es la guerra del pueblo. ¿Merecía Sadam la muerte de un solo niño? Ahora que los niños han muerto, comprobamos que sus armas eran ésas: una población indefensa que utiliza como escudo hasta el último momento.

En Azayah, cerca de Bagdad, la gente preguntaba a los 'marines' si iban a liberarles o a por el petróleo; un 'marine' respondió que a liberarles, y la multitud prorrumpió en gritos de júbilo. Muchos eran desertores del ejército. Esta escena tiene una ingenuidad de arte naïf, e invoca, en un impresionante contraste, su trasfondo tan poco ingenuo. Esta escena es un nudo de fuerzas y de contradicciones, pero resume un hecho que se repite por todo Irak: el pueblo –salvo los kurdos, que tienen sus motivos– no combate, a no ser que le obliguen, ni a favor ni en contra de Sadam. En Irak, la población está formada por una mayoría pacífica y un pequeño grupo de fanáticos y sinvergüenzas. Como en todas partes.

# Necesitamos el protagonismo público de las víctimas

ANTONIO BERISTAIN S.J. MIEMBRO DEL CONSEJO DE DIRECCIÓN DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL DE CRIMINOLOGÍA

«Falta 'descubrir' que los ciudadanos, además de nuestra obligación de atender y ayudar a las víctimas, hemos de admitir su protagonismo como agentes sociales y morales de una convivencia altruista, lejos de todo victimismo», sostiene el autor, para quien «urge devolverles su voz»

Los ecos del asesinato anunciado de Joseba Pagazaurtundua, el sábado 8 de febrero, no se han apagado ni se apagarán en mucho tiempo, en muchos años. Procurar o permitir su silencio, su olvido, sería una segunda erosión de la conciencia cívica, otra devaluación axiológica, sería añadir un crimen a otro crimen. Con frecuencia nos llegan sus ecos, amargos como olas del océano; también, paradójicamente, plétóricos de esperanza. Esta acrece al percibir que los líderes jurídicos, criminológicos, victimológicos y culturales de los cinco continentes colocan a las víctimas de las graves violaciones de los derechos de la persona en el sitio que tradicionalmente ocupaba la atención a los delincuentes. Así lo confirma –entre otros testimonios que después aduciremos– un libro presentado en París (enero 2003), 'Victimes: du Traumatisme à la Restauration', que recoge investigaciones de diecinueve especialistas de distintos países (Bélgica, Canadá, Francia, Reino Unido), de complementarias disciplinas académicas y de personas comprometidas en programas humanitarios. Robert Cario, de la Universidad de Pau y Países del Adour, dirige este libro que edita la Escuela Nacional de la Magistratura Francesa. Afortunadamente, rebasa los límites de la Magistratura y del Derecho Penal. Llega al terreno fértil de la Criminología victimológica después de Auschwitz, radicalmente distinta y más multi, inter y transdisciplinar que aquél.

También elevan nuestra esperanza los mensajes paradigmáticos que hemos escuchado, desde el trágico 8 de febrero, quienes hemos asistido a las manifestaciones de miles de personas que, en Andoain y Vitoria, enarbolaban banderas de todos los colores y cantaban himnos de colectivos muy diversos. No menos, las Jornadas donostiarra (14 y 15 de febrero) de ¡Basta ya! ([www.bastaya.org](http://www.bastaya.org)), y su libro 'Contra el Nacionalismo obligatorio' (Madrid, Aguilar, 2003), con artículos de veinte escritores, adalides del quinto mandamiento, que ETA y sus colaboradores-encubridores ningunean.

En el actual mundo democrático, los poderes públicos contribuyen cada día más a la indemnización de los daños y perjuicios que sufren las víctimas directas e indirectas de los delitos, como establecen la legislación y la jurisprudencia nacional e internacional al respecto y las muchas instituciones que trabajan en este ámbito. Sin embargo, falta por andar un camino todavía virgen, pero de necesidad urgente. Falta 'descubrir' que los ciudadanos, además de nuestra obligación de atender y ayudar a las víctimas, hemos de admitir su protagonismo como agentes sociales y morales de una convivencia altruista, lejos de todo victimismo. Por eso erigimos monumentos –horizontes abiertos– en su memoria, como el de Agustín Ibarrola que se inaugurará en breve en Vitoria.

Urge indemnizar a las víctimas inmediatas y mediatas, pero más importa devolver-



JOSÉ IBARROLA

les su voz y su protagonismo axiológico. En este punto coinciden, con sólidos argumentos, autorizados investigadores como Ernesto Garzón Valdés y múltiples informes de la Sociedad Mundial de Victimología. A las universidades y a los medios de comunicación compete investigar y divulgar con mayor insistencia, desde otra hermenéutica, tres fenómenos antropológicos y sociales: 1º. La victimación y sus metástasis; su trauma, su dolor; sus heridas físicas, morales, psicológicas; las inmediatas –el día– de la victimación y las subsiguientes a ella. 2º. La restitución completa que se debe hacer efectiva con inmediatez y generosidad. Hemos de crear nuevos medios y técnicas de reparación de los daños que se les han causado a ellas, a sus familiares, etcétera. A tenor de la Recomendación 4ª, de 6 de marzo de 1998, del Consejo de Europa, pedimos que se elaboren más estadísticas cuantitativas y cualitativas de quienes sufren crímenes graves, pues sin más y nuevos datos empíricos no se pueden resolver elementales problemas victimológicos.

Y, en tercer lugar, pero el más importante y el más ignorado: el derecho de las víctimas a su rehabilitación, como proclama la Resolución 2002/44, de la Comisión de los Derechos del hombre, de las Naciones Unidas, sobre «Derechos a la restitución, la indemnización y la rehabilitación (subrayo) de las víctimas de violaciones graves de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales», comentado en Chicago por el profesor Cherif Bassiouni, presidente de la Asociación Internacional de Derecho Penal. La Comisión, al exigir a todos los gobiernos este innovador derecho de las víctimas a su protagonismo social –especialmente el formulado en los números 25 d) y 25 g)–, proclama públicamente el enriquecedor venero de ellas para el respeto y desarrollo de la convivencia privada y pública. Cae en la cuenta de algo que frecuentemente se silencia: el justo y primordial deseo de las víctimas cuando, más que su indemnización personal, piden que les reconozcamos su derecho a que les consideremos orfebres del bien común, de la reconstrucción social, de la ética cívica, de la cultura de la tolerancia y la justicia que

engendra la paz. A este punto tercero le dedicamos unas líneas a continuación.

Hoy, la justicia exige que, además de indemnizar a las víctimas, se les otorgue el papel que pueden y deben representar –mejor que nadie– en la vida pública. Las respuestas a la victimación competen al aparato judicial, pero también a otras instituciones oficiales y privadas y a los ciudadanos. Veamos y experimentemos a las víctimas como los partners más altruistas y eficaces de la convivencia y de la cultura de la paz. Ha llegado la hora de que nuestras coordenadas sociales, políticas y religiosas les otorguen más protagonismo regenerativo en todos los ámbitos comunitarios.

Algo parecido propugna Paul Lebeau, S. J., con su biografía ('Un itinerario espiritual') sobre el Holocausto de Etty Hillesum, secuestrada por las SS hitlerianas en Amsterdam, el año 1941, y 'desaparecida' en Auschwitz, en 1943. Estas macrovíctimas ofrecen al mundo la profunda experiencia de la fraternidad que brota de los abismos de la angustia de su sufrimiento. Evocan el 'paso' existencial de Cristo que, frente al morir y el sentirse abandonado por todos, incluso por Dios, se entrega en sus manos haciendo de su muerte un acto filial, que 'desfataliza' así toda muerte humana y la transfigura en un acto de libertad, en una acción más que una pasión, un hacer más que un padecer.

No acallemos los ecos de quienes han vivido situaciones límite. Siguen el surco trazado por Cristo en la historia de la Humanidad. No sienten desaliento, sino al contrario una irresistible intensidad de amor y de talante altruista. Merecen que respetemos (y cooperemos a) su derecho de preferencial actividad social, pública y axiológica. Quizá con más exactitud digamos que nosotros, los ciudadanos y nuestras instituciones, necesitamos que se respete el derecho de las víctimas a su impar protagonismo en y para la convivencia más humana y fraternal. Son personas que viven en plenitud el hoy y aquí –como Joseba Pagazaurtundua– para los demás... para nosotros.

El autor dedica este artículo a Joseba Pagazaurtundua, a su esposa, hijos, familiares y amigos, con profundo respeto, dolor ilimitado y fraternal empatía.